

HISTORIA Y MEMORIA DEL AUXILIO SOCIAL DE FALANGE

ÁNGELA CENARRO LAGUNAS

El Auxilio Social fue la institución asistencial más emblemática del régimen de Franco. Había nacido durante la Guerra Civil, con el fin de paliar las ingentes necesidades de la retaguardia insurgente, y tras algunos ajustes en su organización interna impuestos desde el gobierno franquista en 1940, se convirtió en una de las principales señas de identidad de la dictadura franquista¹.

Puede parecer una contradicción que un régimen que había nacido manchado de sangre hubiera favorecido y aceptado la emergencia de una institución dedicada a cobijar y a alimentar a los desfavorecidos, especialmente a las mujeres e hijos de la «Anti-España». Las claves para entender esta paradoja las ofrecía Miguel de Unamuno, rector de la Universidad de Salamanca, cuando con motivo de la celebración del «Día de la Raza», el 12 de octubre de 1936, recordó al general Francisco Franco y al resto de los asistentes los límites de su previsible victoria: «Venceréis por la fuerza de las armas, pero no convenceréis».

Pocos días después de que Unamuno pronunciara estas palabras, un grupo de falangistas de Valladolid parecían hacer suyo este mensaje, si bien por métodos muy distintos a los que el escritor hubiera deseado. Mercedes Sanz Bachiller, la joven viuda de Onésimo Redondo, el líder y fundador de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, y Javier Martínez de Bedoya, un amigo muy cercano a la pareja, recién llegado de la Alemania nazi donde estaba cursando estudios de derecho, organizaron una colecta y abrieron el primer comedor para niños en Valladolid. El 30 de octubre de 1936 se inauguró este proyecto asistencial denominado *Auxilio de Invierno*, traducción literal de su homónima la *Winterhilfe* nazi, y este día se convirtió en la fecha fundacional de tan emblemática institución. En mayo de 1937, una vez reunidas por el Decreto de Unificación del 19 de abril todas las fuerzas políticas derechistas bajo el paraguas organizativo de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, se transformó en la *Delegación Nacional de Auxilio Social*. Mercedes Sanz Bachiller fue nombrada

delegado nacional, convirtiéndose así en una de las escasísimas mujeres que alcanzarían posiciones de poder relevantes en el marco de la «Nueva España».

Desde el primer momento, el Auxilio Social falangista recibió una atención muy destacada en los medios de comunicación de la zona insurgente, especialmente los que dependían de Falange. También fueron numerosas las publicaciones de la propia delegación (boletines, circulares y folletos), que antes y después de la guerra dejaron bien claros cuáles eran sus objetivos. El propósito de la nueva institución asistencial era convencer a los españoles de las bondades de la «Nueva España», una fórmula necesaria en plena sociedad de masas para completar los éxitos del ejército franquista en el campo de batalla. El aparato propagandístico de Falange no escatimó esfuerzos a la hora de difundir las buenas intenciones de la institución mediante un discurso vehemente, con un lenguaje plagado de metáforas, el mismo que la asesora social y *jefe de propaganda*, la escritora Carmen de Icaza, utilizaba para sus novelas románticas². El «pan blanco» —que muy pronto se convirtió en una metáfora de la España de Franco— perseguía, según palabras textuales suyas, hacer olvidar a la población más vulnerable el «horror» de la zona roja, atraerla al redil de la «Nueva España» y exhibir frente a ella la generosidad desmesurada del Caudillo.

La fórmula no era nueva en absoluto, pues era la de la vieja beneficencia, pero ahora se presentaba revestida de algunas novedades que traían los tiempos modernos y la coyuntura bélica. Entre ellas, y principalmente, los afanes totalitarios, que se traducían en la aspiración de encuadrar políticamente a la población acogida, el adoctrinamiento mediante la enseñanza machacona del legado de José Antonio Primo de Rivera y de la religión católica, así como la pretensión de absorber a las demás instituciones asistenciales que estaban situadas al margen del partido único, como las que dependían de los ayuntamientos, las diputaciones provinciales y la Iglesia católica.

Otro rasgo que llamaba la atención era la abrumadora presencia de mujeres tanto en la cúpula como en la base, algo que apuntaba a que, en el marco del régimen de Franco, existió un espacio en el que las mujeres parecían tener cosas que hacer y que decir al margen de la Sección Femenina, la delegación falangista controlada por Pilar Primo de Rivera. Mercedes Sanz Bachiller, delegada nacional entre 1937 y 1940, y Carmen de Icaza, secretaria nacional desde 1940 hasta su destitución en 1957, fueron algunas de estas mujeres falangistas relevantes, de cuyas trayectorias políticas y profesionales todavía sabemos muy poco. De talante enérgico, impulsaron proyectos asistenciales de tipo fascista, llevaron el peso de la organización de las tareas benéfico-sociales en la primera fase de la dictadura, viajaron, escribieron y, como consiguiente, se distanciaron con claridad de ese modelo de madre y esposa que el régimen les imponía³. También estaban implicadas miles de mujeres anónimas, que no pertenecían a la elite fascista. Algunas eran voluntarias —socializadas progresivamente en las ramas femeninas de Falange— y otras, sometidas a una disciplina estricta, trabajaron de manera obligatoria en el marco del Servicio Social. Precisamente, el famoso Servicio Social que todas las españolas tuvieron que cumplir hasta el desmantelamiento de la dictadura, había sido creado por Sanz Bachiller por el Decreto 387, de 7 de octubre de 1937 como forma de garantizar la mano de obra gratuita en las instituciones asistenciales.

Pero si la feminización de la beneficencia era una constante desde el siglo XIX, la progresiva profesionalización de las tareas asistenciales desde comienzos del siglo XX —otro rasgo de modernidad— hizo que las mujeres fueran desplazadas por los varones. El Auxilio Social no quedó al margen de este proceso, otro rasgo de la modernidad. Así pues, en los cargos asesores, políticos y técnicos abundaron los médicos, como el psiquiatra Jesús Ercilla, y los maestros o pedagogos, como Antonio Juan Onieva. Fue habitual su presencia al frente de las delegaciones provinciales y locales, producto de la decisión de la propia Sanz Bachiller para evitar entrar en competencia con la Sección Femenina. En el caso de Onieva, su labor como asesor de educación fue acompañada por una ingente actividad que se plasmó en conferencias, publicaciones y cursos de formación donde vertía sus particulares reflexiones sobre cómo el modelo asistencial del Auxilio Social debía incluir la formación de los niños desfavorecidos en la disciplina más estricta. Si bien este modelo educativo estaba lejos de ser una novedad en los centros asistenciales de la España del siglo XX, Onieva tenía claro que las razones para su aplicación estricta en la posguerra eran de peso.

Hoy más que nunca necesitamos hacer niños disciplinados. El mal ejemplo de la calle trajo también su pequeña rebelión infantil. En poblaciones como Madrid, véase a los niños correr por las calles con los puños cerrados pidiendo la destitución de sus maestros cuando los tenían por «caras» o «fascistas»⁴.

En definitiva, quienes llevaban las riendas de esta obra no eran sólo un puñado de falangistas radicales y mujeres voluntarias o movilizadas, sino una amplia red de profesionales de diversas disciplinas que tenían la oportunidad de

diseñar la «Nueva España» y, por lo tanto, de decidir sobre el futuro de miles de españoles.

No podía faltar la presencia de la Iglesia católica. El Auxilio Social falangista contó con un Asesor de Cuestiones Morales y Religiosas desde el verano de 1937, encargado de organizar una amplia red de capellanes que supervisaban el funcionamiento de los centros asistenciales en cada provincia. El primero fue Andrés María Mateo, un cura de Valladolid cercano a los círculos falangistas cuya gestión estuvo marcada por el intento de mantener una equilibrada relación con los fascistas. Para ello emitió un discurso que combinaba el «ímpetu demoledor y revolucionario», propio de Falange, con la «justicia social que brota de las manos taladradas de Cristo». Impuso la obligatoriedad del rezo del rosario, oración que abría «las inteligencias y los corazones infantiles, envenados antes, [...] al rocío de la instrucción sagrada». Para llevar un control de sus logros ideó una «Estadística Religiosa», una especie de archivo para registrar «las conquistas y actividades cristianas —tantas veces difíciles— de Auxilio Social en España». Y una vez terminada la guerra, creó un sistema de «fichas religiosas», una para cada asistido, en las que figurasen los antecedentes de los padres y de la familia de los niños, es decir, datos sobre si estaban bautizados o habían recibido otros sacramentos, si los padres estaban casados por la Iglesia o implicados en «actividades rojas».

Le siguió Pedro Cantero Cuadrado desde 1939, que iniciaba precisamente con este cargo una carrera ascendente que le llevaría después a ser obispo de Barbastro, Huelva y Zaragoza, y procurador en las Cortes franquistas. Aunque Cantero Cuadrado siguió las pautas ya diseñadas por su predecesor, su llegada a la Asesoría se dejó sentir. Coincidió con la caída definitiva de la zona republicana en manos de los militares sublevados, y por lo tanto con la llegada masiva de población civil refugiada o acogida en los centros del Auxilio Social. Fue, sin duda, el principal artífice de la recatolización forzada de los asistidos, igual que lo fue también de la fusión entre Iglesia católica y Estado franquista. A los adultos se les obligaba a pasar por el matrimonio canónico y los niños eran bautizados sin que sus padres tuvieran posibilidad de elección alguna. Según cifras oficiales, 24.513 niños fueron bautizados en las instituciones de la organización falangista en 1940. Al igual que las comuniones, los bautizos se celebraban con grandes festejos y se recogían en la prensa como si fuera un trofeo más de quienes habían ganado la guerra. El «pan blanco» no era, pues, gratuito, sino que tenía un precio: acatar las pautas de comportamiento que imponía la dictadura y su ideario nacional-católico.

Pero, sin duda, los grandes protagonistas de la historia del Auxilio Social fueron los niños. Presentados ante la sociedad española como las «víctimas» de la «barbarie marxista» que el Auxilio Social rescataba, se convirtieron con rapidez en los objetos que el aparato propagandístico del régimen utilizaba para sus propios fines. En la posguerra, los huérfanos o hijos de presos políticos quedaron sometidos a la tutela del Estado —que ejerció, por delegación, el Auxilio Social, tal y como se establecía en el decreto de 23 de

noviembre de 1940, que fijaba la protección de los huérfanos de la «Revolución Nacional y de la Guerra»—, lo que dejó a sus dirigentes las manos libres para entregarlos en adopción a familias afines al régimen. En realidad, tales medidas no eran sino la punta del iceberg de un sistema dirigido a eliminar los vínculos entre los hombres y mujeres republicanos y sus hijos, así como a erosionar las memorias y las identidades de los pequeños⁵. El momento del bautismo era especialmente delicado porque podía ser la ocasión para el cambio de nombre, que era, ante todo, un cambio de identidad. Así le sucedió, por ejemplo, a Julia Antón, hija de un comunista detenido inmediatamente después de terminar la guerra y de una mujer encarcelada en Las Ventas, a quien llamaron «Carmen», como al resto de sus compañeras, porque fueron amadrinadas por doña Carmen Polo de Franco. Asimismo, con frecuencia los curas, las guardadoras y los instructores les recordaban que sus padres —los «rojos»— eran causantes de todos los males que habían assolado España.

Los testimonios de quienes fueron «niños del Auxilio Social», recopilados a lo largo de varios años de investigación, nos han abierto la puerta a una serie de historias dramáticas. Unas, las de los hijos de los republicanos; otras, las de los niños procedentes hogares maltrechos por la miseria de la posguerra, causada por el «irracional» en apariencia sistema de la autarquía económica, que, casi siempre, gracias a la intervención de las personas de orden, a menudo conectadas con Falange, o de los curas más cercanos, pasaron parte de su infancia en la red de hogares infantiles de Auxilio Social. En definitiva, en los hogares convivieron los «hijos de rojo» con los «hijos de la miseria», todos sometidos al mismo trato, a la misma disciplina, que, estrictamente diseñada desde arriba perseguía convertir a estos pequeños en «ciudadanos de la Nueva España»⁶.

En el interior de los hogares la vida cotidiana quedó fuertemente reglamentada, organizada en torno a los rezos, las misas y otros rituales católicos que anulaban cualquier posibilidad de formación de los pequeños en los viejos valores de libertad y ciudadanía, erradicados por completo del discurso y de la práctica política durante el franquismo. El trabajo infantil nunca se reconoció oficialmente, es más, se prohibió en las circulares internas de forma expresa, pero la documentación revela que la utilización de los pequeños como monaguillos, como sirvientes en casas acomodadas o en las tareas del campo fue una práctica habitual. A los niños cuyos padres cumplían condena por razones políticas en las cárceles franquistas se les obligaba a vestir el uniforme de Falange cuando iban a visitarlos. Y si bien —al menos en teoría— no formaban parte del plan de «regeneración» los castigos violentos, la privación de agua y comida, las humillaciones públicas, las palizas con fines ejemplarizantes, tales prácticas fueron señas de identidad de los hogares del Auxilio Social. Según casi todos los testimonios los principales responsables de los abusos físicos eran los instructores falangistas, que estaban a cargo de la instrucción de carácter paramilitar en los hogares para chicos. Éste era un momento especialmente apto para los abusos, para imponer las flexiones inacabables, las siestas al sol o propinar palizas por los errores en la formación o el desfile... En definitiva, el sistema

quedó impregnado de una dimensión punitiva en lugar de reeducativa⁷.

¿Cuál era la finalidad de estas prácticas? ¿Por qué tanto maltrato y tanta sinrazón? Ésta es la pregunta que se hacen muchos de los que fueron niños del Auxilio Social. Se trataba de dejar bien claro cuál era el lugar de cada uno en la sociedad de la posguerra. Pues unos —pertenecientes al bando de los «vencedores», o situados simbólicamente a su lado— estaban en condiciones de exhibir el poder que el sistema les había otorgado sobre ese colectivo de niños marginados, excluidos socialmente o hijos de los «vencidos» en la Guerra Civil.

Aunque resulte llamativo desde la perspectiva de comienzos del siglo XXI, los niños no sucumbieron a los afanes «regeneradores» del Auxilio Social. De nuevo, el testimonio oral es fundamental para comprender de qué manera elaboraron sus experiencias en los hogares infantiles, así como el lugar que dichas experiencias han tenido en el proceso de construcción de su identidad como adultos. En general su paso por los hogares ha dejado una huella muy profunda en los recuerdos de su infancia, porque consideran que fue una etapa negra de su vida, marcada por la soledad y el dolor. Pero, a la vez, buscaron mecanismos para la supervivencia mediante los juegos, los tebeos..., también las fugas, una práctica que se convirtió en moneda corriente en estos hogares, hasta el punto de que las directoras la consideraban un motivo más para causar baja en el hogar. Uno de los entrevistados relata que, como toda reacción a su huida, la directora del hogar le pidió que devolviera el traje de los domingos que llevaba puesto cuando se marchó. La decepción al comprobar el abismo entre los principios cristianos que proclamaban y las prácticas abusivas que vivieron llevó a muchos a tomar una distancia ideológica y vital con respecto a la dictadura.

Esos niños de la posguerra, adultos de hoy, están también reivindicando un espacio para contar sus historias. Para algunos, su paso por el Auxilio Social fue una experiencia que cambió sus vidas porque les dio la oportunidad de cursar estudios superiores —de bachillerato o universitarios— y alcanzar un estatus social impensable para un «hijo de rojo». Son ejemplos de cómo los mecanismos de «captación de las masas» propios de los fascismos consiguieron en cierta medida construir un «consenso» social en torno a la dictadura. Pero, a tenor de la mayoría de los testimonios recopilados, podemos argumentar que el proyecto de regeneración de los hijos de los vencidos en la Guerra Civil fracasó estrepitosamente. Algunas mujeres —como Bárbara, una de las niñas de Zaragoza, o Eulalia del Pozo, de Toledo— han batallado por la dignificación de sus padres, fusilados o expoliados por la represión franquista. No han olvidado quiénes eran sus padres, sino que, bien al contrario, reivindican hoy con orgullo su filiación. Otros han desarrollado una vida de militancia en la izquierda antifranquista desde los años sesenta. Es más, la mayoría de hombres y mujeres que pasaron por estas dramáticas experiencias no se consideran víctimas, sino supervivientes de un sistema asistencial y educativo terrible, que nunca tuvo como prioridad su educación ni su respeto como individuo. Su esfuerzo por dejar atrás los años pasados



en el hogar del Auxilio Social, de salir adelante en un entorno hostil y su voluntad de dejar testimonio, son manifestaciones de su empeño en articular mecanismos de resistencia sutil frente a los instrumentos implacables para el control social de una dictadura de corte fascista. Como supervivientes que se consideran, nos han dejado testimonio sobre un sistema que perseguía doblegarlos al negarles los niveles más básicos de dignidad. Y con este acto de memoria nos demuestran que no sucumbieron ante el embate.

NOTAS

¹ Sobre el proceso de creación del Auxilio Social como institución asistencial falangista durante la Guerra Civil, véanse los trabajos de Mónica ORDUÑA PRADA, *El Auxilio Social, (1936-1940). La etapa fundacional y los primeros años*, Escuela Libre Editorial, Madrid, 1996; Pedro CARASA SOTO, «La revolución nacional-asistencial durante el primer franquismo», *Historia Contemporánea*, 16 (1997), pp. 98-140; y Ángela CENARRO LAGUNAS, *La sonrisa de Falange. Auxilio Social durante la Guerra Civil y la posguerra*, Crítica, Barcelona, 2006.

² Un estudio biográfico sobre Carmen de Icaza en Ángela CENARRO LAGUNAS, «Carmen de Icaza: novela rosa y fascismo»,

en Alejandro QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO y Miguel Ángel DEL ARCO (eds.), *Soldados de Dios y Apóstoles de la Patria. Las derechas españolas en la Europa de entreguerras*, Editorial Comares (en prensa).

³ Una buena biografía de Mercedes Sanz Bachiller en Paul PRESTON, *Palomas de guerra. Cinco mujeres marcadas por el enfrentamiento bélico*, Plaza & Janés, Barcelona, 2001, pp. 21-95. Una revisión de los estereotipos que a menudo han acompañado la interpretación del fenómeno de la militancia femenina en el fascismo en Kathleen RICHMOND, *Las mujeres del fascismo español. La Sección Femenina de Falange, 1934-1959*, Alianza Editorial, Madrid, 2004.

⁴ «Conferencias sobre pedagogía. Revisión del concepto de disciplina», Archivo General de la Administración, Sección Cultura, caja 2067.

⁵ Así lo han demostrado Ricard VINYES, Montse ARMENGOU y Ricard BELIS, *Los niños perdidos del franquismo*, Plaza y Janés, Barcelona, 2002.

⁶ Sus relatos han sido recogidos y analizados en el libro de Ángela CENARRO, *Los niños del Auxilio Social*, Espasa Calpe, Madrid, 2009.

⁷ Así lo ha descrito magníficamente el dibujante Carlos GIMÉNEZ, el mismo niño del Auxilio Social, en su colección de cómics «Paracuellos», que ha sido reeditada recientemente como *Todo Paracuellos*, DeBolsillo, 2007.